

novela. El negro es indudablemente un héroe que lucha contra la adversidad, derrotado a los enemigos y vence sobre sí mismo. Pero no es un héroe con conciencia de tal. Por eso no pertenece a la epopeya. El se ve como un hombre del pueblo a quien en estos últimos tiempos todo le sale mal, que hace lo que puede y que difícilmente logra mantener un hilito de esperanza. Por eso su ámbito no es lo sublime sino lo tierno. Su subjetividad no se realiza en el diálogo tenso con altas consignas revolucionarias sino en la conversación verídica con la Virgen María. Y lo verídico está en lo insólito de su concepción de la Virgen y en lo natural, lo absolutamente terrenal de un trato que le hace trascender. Creo que esos encuentros encierran lo más original del libro. Y más en general toda esta historia contiene auténtica creación, mientras que en la del revolucionario sólo se da reproducción, altamente moralizante pero tópica, de situaciones y personajes.

UNA PRESENCIA

Las historias convergentes del negro y el revolucionario acontecen en la ciudad. Y en la novela Montevideo es evocada con ternura, con nostalgia. Es esta la tercera cara de la novela: la lírica en forma de elegía. No se trata de una descripción. Montevideo no es un marco sino un personaje evocado en la lejanía, ella es la amada entrañable a la que vuelve irremediablemente el revolucionario, ella es el cuerpo raído y único, amado, que recorre el pueblo. Se describe lo que se ve desde fuera. Este Montevideo que sale de dentro del desterrado se reconoce por tonos, olores, costumbres.

Pero el desterrado no cae en la trampa de la nostalgia que recuerda la ciudad irremediable, la ciudad del ayer, la que bullía. En la novela Montevideo es cantada como es: envejecida, sucia, desamparada. En ella la mera rutina parece milagro. Las voces dicen ausencias: nombran a los que se fueron y al trabajo y al pan, esas quimeras. Y en estas condiciones parece que silba más largo el mar, la noche, la niebla, la lluvia, el desamparo. No es que el autor insista, tan sólo aquí y allá acotaciones breves. Pero logran crear la presencia de la ciudad saqueada en la que campean como zamuros —movimiento de la muerte— los policías.

La canción de nosotros, un valioso eslabón en el difícil aprendizaje de expresar este proceso de crearnos como pueblo, tan esquivo a la escritura como arduo de realizar.

EDUARDO GALEANO: La canción de nosotros. Premio CASA DE LAS AMÉRICAS. Ed. Casa de las Américas, 1975. pgs. 232.

CHILE: ¿TRANSITO A LA DEMOCRACIA POR LA VIA DE LA SOLIDARIDAD?



SERGIO RIVERA

Pareciera que el tiempo de las dictaduras en América Latina se va acortando. Una serie de hechos están determinando que las dictaduras militares vayan perdiendo su base real de poder y se vean, por tanto, obligadas a ir preparando su paulatino retiro del escenario político.

Sin duda hay diferencias entre unas y otras; pero todas cargan sobre sí la culpa de no haber alcanzado el poder por medio del respaldo mayoritario, libremente expresado, del pueblo y de haber usado formas de coacción para neutralizar la acción de sus adversarios políticos. Estas formas de coacción, cuya práctica va desde restricciones menores de libertad hasta la tortura y el asesinato, marca una diferencia substancial en la actitud con la que las dictaduras militares están enfrentando hoy su propio proceso de descomposición. Las más "blandas", sea porque lo fueron desde un principio o porque han desarrollado una mayor apertura, están buscando fórmulas que permitan a los países que gobiernan marchar hacia una relativamente pronta democratización; la que quisieran ver marcada por su sello "institucionalizador", en una esperanza vana de perpetuarse en la historia como los "salvadores del sistema". La más "duras", en cambio, hacen esfuerzos desesperados por mantenerse en el poder, acusando a todo el mundo de agentes del comunismo internacional que buscan la miseria del pueblo, redoblando la represión a niveles que sólo pueden responder a estados mentales paranóicos y buscando la unidad nacional entorno a su "desproyecto político" sobre la base de lo que han dado en denominar "los superiores valores de la patria y de la nacionalidad", conceptos no claramente definidos pero en franca oposición al espíritu latinoamericano que se siente más identificado con la Patria

Continente, soñada por Bolívar.

Entre estas últimas, la Junta Militar que gobierna a Chile ha marcado un triste record: insiste en ser la única alternativa para el país y se aferra a concepciones fascistas, universalmente descalificadas, para lo cual sigue manteniendo una brutal represión como única base de su fuerza política.

No obstante sus esfuerzos por mantenerse en el poder, una serie de factores están concurriendo para determinar su pronta caída. El más importante de ellos es su propia descomposición interna, derivada de su incapacidad para enfrentar los problemas nacionales; incapacidad que se ha expresado en todas las áreas. Así, por ejemplo, ha sido el "Gobierno" que con más recursos externos ha contado, alcanzando un promedio de crédito externo de casi tres millones de dólares diarios desde el 11 de septiembre de 1973 a la fecha; en circunstancias que la Administración Frei, que fue el Gobierno que más crédito externo ha recibido en Chile, jamás llegó en promedio ni siquiera a la mitad de ese monto. El único resultado obtenido de esta afluencia de divisas ha sido elevar la deuda externa pública del país a más de cuatro mil quinientos millones de dólares, cifra sin precedentes, sin que tras ella haya inversiones productivas o de infraestructura que permitan prever un empuje para el desarrollo.

En el orden jurídico institucional, el Gobierno de Pinochet no ha sido capaz de elaborar una "institucionalidad" que fije, dentro de sus concepciones fascistas, la estructura del Estado y del Gobierno. Reuniendo en sí, por autodesignación, los poderes legislativo y ejecutivo y siendo —de igual modo— la expresión de la soberanía del pueblo, la Junta Militar ha caminado sobre errores jurídicos inconcebibles,

contradiendo incluso sus propios "Decretos Leyes" y modificándolos a su antojo cuando las circunstancias le indican que es necesario tomar otra dirección. Este hecho, que la Junta ha atribuido a la necesaria calma con que debe estudiarse la nueva institucionalidad chilena, no es sino el reflejo de la más absoluta incapacidad y de su falta de consecuencia con los postulados básicos del derecho. Aunque el señor Pinochet no lo crea, el derecho es la expresión jurídica del desarrollo social de una nación y sus fundamentos no pueden ser improvisados en una farsa, ni siquiera por aquellos que por la fuerza detentan la suma del poder político.

En el orden laboral, la cesantía se ha transformado en la columna vertebral de hambre y desesperanza que atraviesa al país. Sus consecuencias no se sienten ya en los términos tradicionales de libertad; se sienten en otros más profundos como son la privación física por el hambre a que es sometido el ser humano y que le impide ejercer siquiera sus más elementales derechos como hombre y como ciudadano.

Se puede seguir así en cada área, y en todas aparecerán situaciones de depresión que no son más que el reflejo de la descomposición interna del Gobierno Militar, cuya única alternativa es continuar usando la violencia para reprimir a todos aquellos que protestan por situaciones irregulares o injustas derivadas de la propia incapacidad del "Gobierno" para solucionar los problemas nacionales.

Un segundo factor está constituido por la fuerte presión internacional en pro de la defensa y respeto de los derechos humanos; materia en la que la Junta Militar chilena se ha hecho acreedora de las más severas críticas. La voz de las naciones libres y especialmente de los Estados Unidos y de las de Europa Occidental ha sido unánime para condenar las reiteradas violaciones cometidas contra los derechos humanos en ese país. De nada le sirve al Señor Pinochet acusar de "agentes del comunismo internacional" a personeros políticos democráticos del mundo occidental, cuyas trayectorias son más que conocidas. Esas acusaciones no son más que un juego torpe, producto de la desesperación, que no hace sino dejar al descubierto los propósitos fascistas del régimen chileno.

Paralelamente a la denuncia de violaciones a los derechos humanos, las naciones más importantes del hemisferio han comenzado a demostrar simpatías abiertas por personeros políticos chilenos representativos de agrupaciones democráticas. Los encuentros de Aniceto-Rodríguez con Willy Brandt en Caracas, en mayo de 1976, y los más recientes en USA de Eduardo Frei con Walter Mondale y de Clodomiro Almeyda con Warren Christo-

pher no son el producto de simples deberes de cortesía. Son el inicio de conversaciones sobre alternativas democráticas futuras y son, a la vez, manifiestas reproches hacia el régimen militar.

En esas conversaciones con personeros políticos chilenos democráticos está presente, en mayor o menor grado según el interlocutor, el deber de justicia que las naciones más importantes parecen haberse impuesto en relación a la participación que, por acción o por omisión, tuvieron en los acontecimientos que han determinado la actual situación chilena. En ellas deberán quedar claros los términos respecto de colaboración democrática para superar la crítica situación actual del país; pero de ellas no podrán surgir acuerdos que comprometan la libertad política futura de la nación en términos de correspondencia al apoyo internacional que hoy se presta a los sectores democráticos del país.

La presión internacional, ejercida después de la concreción de acuerdos democráticos viables, podría ser la gota de agua que rebasara el ya colmado vaso de los militares chilenos.

El tercer factor, sin duda el más importante, está constituido por la convergencia que parece producirse entre las fuerzas democráticas del país en torno a los grandes principios que deberían orientar el futuro desarrollo político chileno.

Ha sido, sin duda, un camino largo de recorrer y en el cual aún quedan pasos importantes por dar, pero no resulta temerario afirmar que el proceso está madurando la convergencia de cristianos y socialistas en la lucha por el socialismo, entendido que se trata de sentar las bases de una estructura auténticamente democrática, caracterizada en lo teórico por el pluralismo ideológico y en la praxis por una amplia participación de los trabajadores organizados en la conducción política futura.

Es interesante observar cómo se ha desarrollado el proceso político al interior de Chile, para medir las verdaderas dimensiones que una convergencia como la señalada puede alcanzar en un futuro cercano: El pueblo oprimido por la supresión de la libertad y acosado por la inestabilidad laboral y económica, que se traduce en angustia por sobrevivir, fue lentamente tomando conciencia de que el problema que afligía a cada familia, a cada núcleo social era, en igual o mayor medida y en diversas formas, el mismo que afectaba al resto de individuos, familias o núcleos sociales.

Esta constatación es por cierto simple pero cargada de significado, en cuanto es el motor fundamental que está definiendo los valores en torno a los cuales se está produciendo la nueva unidad de los

chilenos, antes separados por diferencias políticas casi irreconciliables.

De la constatación se transitó hacia la solidaridad, que siendo en sí un valor fundamental en la construcción de un nuevo orden nacional, es, además, un elemento definitorio de los otros valores sobre los cuales puede construirse un nuevo esquema de relaciones sociales, políticas y económicas satisfactorio para los sectores mayoritarios del país. La solidaridad comenzó a expresarse, como es natural, entre los núcleos sociales más próximos, sea por razones de ubicación física o de situación socio-económica, para constituirse así en el elemento aglutinante de esos grupos. Producido el fenómeno, la discusión sobre el problema nacional al interior de esos grupos comenzó a estar marcada por los valores que la propia solidaridad engendró en ellos y no por las diferencias dogmáticas que antes la encauzaron.

En otros términos, en la medida en que el proceso de unificación solidaria va proyectándose en la sociedad chilena, se van identificando las causas comunes de los diferentes problemas que los distintos grupos sociales hoy enfrentan y, paralelamente, se van produciendo coincidencias sobre cuáles deberían ser los principios orientadores de un futuro desarrollo. Al definirse los valores rectores del desarrollo futuro en términos de coincidencia, se está produciendo el pacto social que será el fundamento del nuevo esquema de relaciones y, por tanto, de la estructura política correspondiente a dicho esquema de relaciones.

La coincidencia se ha producido ya sobre valores fundamentales que son compartidos universalmente por cristianos y socialistas: respeto irrestricto a los derechos humanos; construcción de un sistema democrático; acceso a la cultura y a la salud; ingresos justos para los trabajadores; etc. Sobre estos principios que el pacto social está determinando como válidos para el futuro es sobre los cuales los líderes políticos democráticos, como representantes e intérpretes de la voluntad popular, deberán lograr los acuerdos políticos necesarios para la construcción de una auténtica democracia fundada en un amplio pluralismo ideológico, en el respeto a las minorías y en una participación de los trabajadores organizados que sea, a la vez, causa y expresión de su contenido político, social y económico.

La convergencia de cristianos y socialistas motivados por la solidaridad del pueblo en el anhelo común de construir una sociedad basada en principios humanistas, está quizás no sólo mostrando el camino de la liberación de Chile, sino también definiendo las bases para el establecimiento de una nueva forma de democracia para América Latina. ○